

WILLIAM  
GIBSON



NEUROMANTE

Case era el mejor vaquero del ciberespacio: se ganaba la vida robando información y traspasando defensas electrónicas. Pero cometió el error de traicionar a la gente equivocada y como castigo dañaron su sistema nervioso con una toxina que extinguió su talento micrón a micrón.

Desterrado del ciberespacio y prisionero en la cárcel de su cuerpo físico, Case coquetea con la muerte en los suburbios ultratecnológicos. Hasta que se ve envuelto en un peligroso plan de objetivo desconocido que le ofrece una segunda oportunidad, y una cura, a cambio de un precio...

*Para Deb, cuyo amor lo hizo posible*

## El cielo sobre el puerto

Tardé casi una década en darme cuenta de que muchos de mis lectores, ya incluso en 1984, nunca habían experimentado la primera línea de *Neuromante* como yo pretendía que lo hiciesen. La había creado con esa imagen de la lluvia de la estática en blanco y negro de mi infancia en mente, de un tono plateado como el del sodio y hasta lacerante, un anacronismo descomunal justo al principio de mi carrera en el futuro imaginario.

Pero uno imperceptible, uno que manifiesta cierta elegancia común a todos los futuros imaginarios a medida que avanza la cronología y revela el futuro real, ese al que nos dirigimos todos. El lector nunca se paró a pensar que yo imaginaba, de manera inconsciente, la textura y el color de un canal desintonizado en la pantalla de un mueble de madera Motorola de altavoces cubiertos de tela. Los lectores compensaron esa imagen y añadieron su propia experiencia al colectivo imaginario con lo que era para ellos esa estática, para de ese modo asimilar la melancolía de la expresión «canal desintonizado».

En mi adolescencia durante los años sesenta, leí mucha ciencia ficción publicada en la década de los cuarenta, un periodo muy prolífico para el género, y recuerdo cómo era consciente de hacer este tipo de esfuerzo con las ideas que habían quedado un poco obsoletas a nivel tecnológico o con los futuros imaginados que habían sido superados por la historia. Hice caso omiso de los problemas obvios de esas historias para disfrutar del resto del valor que me ofrecía la narrativa, igual que harán muchos de los lectores que

se enfrenten hoy en día a *Neuromante*, no por esos anacronismos imperceptibles, como el del color de mi televisión, sino por la ausencia y la inevitable omisión de los pequeños y ubicuos teléfonos móviles de los que disponemos hoy en día. (De hecho, uno de mis momentos favoritos de la novela es cuando empiezan a sonar una detrás de otra las cabinas telefónicas).

Imaginad una novela de los años sesenta cuyo autor hubiese vaticinado la industria de la telefonía móvil tal y como está en el año 2004 y la hubiese retratado a la perfección tal y como la conocemos hoy en día en su futuro imaginario. Un libro así habría resultado muy extravagante en esa época, a pesar de que ya se había escrito una ingente cantidad de novelas en las que aparecían pequeños dispositivos de comunicación inalámbricos personales. Un teléfono móvil de los actuales habría sido un elemento inquietante que habría hecho que los personajes se conectaran de una forma sin precedentes, de maneras que habrían echado por tierra gran parte de esas historias.

En retrospectiva, sospecho que *Neuromante* le debe gran parte de su éxito a mi casi perfecta ignorancia de la tecnología que quería extrapolar. Yo estaba muy lejos de ser uno de esos autores de los años sesenta que podían llegar a dilucidar la existencia de los teléfonos móviles. Cuando escribía sobre algo de lo que no tenía ni idea, las descripciones eran muy vívidas, pero cuando tenía la desgracia de hacerlo sobre algo de lo que sí tenía conocimientos reales, el lector se encontraba cosas como el traqueteo de una impresora mecánica o la misteriosa y urgente necesidad de Case de un módem cuando las cosas empiezan a compliarse.

A diferencia de la ausencia de los teléfonos móviles, eso son pecados de comisión. Otra omisión muy llamativa es mi fracaso a la hora de eliminar del mapa a la Unión Soviética y barrer sus restos del escenario cuando nadie estaba mirando.

Aunque había una razón estratégica para no hacerlo. Ya lo había hecho con Estados Unidos, que no hay confirmación de que exista en el mundo de *Neuromante*. Nunca menciono el país como tal de manera deliberada, y la novela deja entrever que algo ha ido mal después de eso que hoy en día llamamos globalización, que ha quedado reemplazada por una combinación menos peligrosa de grandes empresas y ciudades estado. Después de haber hecho desaparecer Estados Unidos, creí que sería mejor mantener la Unión Soviética para que el mundo tuviese algo de continuidad. (De haber hecho desaparecer la Unión Soviética en lugar de Estados Unidos, es probable que me hubiesen quemado en la hoguera como a una bruja). El lector de hoy en día debería tener en mente que escribí *Neuromante* sin expectativa alguna de que se convirtiese en un fenómeno que, veinte años después, seguiría estando disponible en librerías. Sabía que lo iban a publicar, suponiendo que consiguiera terminarlo y que el editor aceptara el manuscrito, perspectivas que a menudo me parecían improbables. También sabía que la primera edición iba a hacerse en bolsillo, la más efímera de todas las unidades literarias, un pequeño bloque de páginas escritas cuyo cometido era caber en uno de esos expositores de libros, impreso en papel con grandes cantidades de ácido y con aspecto de anhelar volver a convertirse en la pulpa de la que había salido. Mi mayor esperanza era que el libro encontrara al menos unos pocos espíritus afines que lo disfrutaran, fueran cuales fuesen los modestos números de su debut en librerías. Me imaginé que sería mejor recibido en Inglaterra o incluso en Francia. No esperaba que tuviese tal aceptación entre el público estadounidense, porque sentía que estaba escrito de manera deliberada para contradecir mi percepción de lo que creía que los lectores estadounidenses esperaban de la ciencia ficción.

Lo hice porque de verdad que no podía hacerlo de otra manera. Después de que me convencieran para firmar un

contrato (el fallecido Terry Carr, persona sin la que no existiría *Neuromante*), me poseyó esa actitud disidente que sin duda no compartía con mi editor. Ni con casi nadie más. Solo con el resto de los escritores novatos con los que terminaron por encasillarme en la etiqueta *ciberpunk* y que estaban muy lejos, la mayoría en Austin (Texas).

Al igual que le sucede a Case en el punto álgido de la novela, estaba cansado de todo y me guiaba por... no sé muy bien por qué, pero parte de ello era un resentimiento cocido a fuego lento y provocado por mis ideas sobre la situación actual del género que tanto me había gustado cuando era adolescente. Tampoco tenía intención ni la más mínima esperanza de que lo que acababa de escribir en una antigua máquina de precisión suiza y que iba a ponerse a la venta en ese libro de bolsillo publicado en los *Ace Science Fiction Specials* cambiaría de manera alguna el curso de la ciencia ficción. (Y al parecer no lo hizo, pero sí que sirvió para ayudar a mantener abiertas puertas que no creo haber abierto yo, sino que estaban ahí desde que era adolescente, con nombres como *Bester* o *Leiber* grabados en los dinteles).

Me dijeron no hace mucho que *Neuromante* ha vendido más de un millón de ejemplares en las últimas dos décadas, supongo que en sus ediciones estadounidenses o al menos en inglés. A nivel internacional, se ha traducido a la mayoría de los idiomas a los que se traducen los libros, menos al chino y el árabe, que yo sepa.

Es una sensación muy parecida a la de tener un hijo adulto con quien no mantienes el contacto, aunque sabes que la vida lo trata bien, que viaja por todo el mundo y que conoce a gente interesante.

Pero a quien más me gustaría ver es a ese niño tan listo de trece años, acurrucado en el sofá en un lugar indeterminado, que lleva veinte páginas leídas de la novela e intenta desentrañar con desesperación el misterio de por qué no se permite llevar teléfonos móviles en Chiba City.

Ya verás, amigo mío.  
Las cosas se van a poner mucho más extrañas.

WILLIAM GIBSON  
VANCOUVER (COLUMBIA BRITÁNICA)  
17 DE MAYO DE 2004



Primera parte

# El blues de Chiba City

## 1

El cielo sobre el puerto era del color de un canal desintonizado en la pantalla de una televisión.

—No estoy enganchado —le oyó decir Case a alguien mientras se abría paso a empujones por entre la multitud hacinada junto a la puerta del Chat—. Es que mi cuerpo tiene déficit de drogas y hay que compensar.

Era una expresión del Ensanche y un chiste del Ensanche. El Chatsubo era un bar para expatriados profesionales; podías ir allí de copas durante toda una semana y no oír ni dos palabras en japonés.

Ratz era el encargado del bar y su brazo prostético se agitaba rutinariamente mientras llenaba una bandeja de vasos de cerveza Kirin de barril. Vio a Case y sonrió; sus dientes eran una amalgama de acero de la Europa del Este y unas caries parduzcas. Case encontró un sitio para sentarse en la barra, entre el bronceado improbable de una de las prostitutas de Lonny Zone y el uniforme de la armada bien planchado de un africano alto cuyas mejillas estaban surcadas por precisas hileras de cicatrices tribales.

—Wage pasó por aquí a primera hora, con dos matones —dijo Ratz, al tiempo que le pasaba una caña desde el otro lado de la barra con la mano buena—. ¿Negocios entre manos contigo, Case?

Case se encogió de hombros. La chica que tenía a la derecha emitió una risotada y le propinó un codazo.

La sonrisa del barman se ensanchó. Hacía gala de una fealdad legendaria. En la era de la belleza asequible, que aquel hombre careciese de ella le confería un aura heráldi-

ca. Su primitivo brazo chirrió mientras lo extendía para coger otra jarra. Era una prótesis militar rusa, un manipulador de siete funciones con resistencias y una carcasa de plástico mugriento y de color rosa.

—Eres todo un *artiste*, Herr Case —gruñó Ratz, aunque el sonido que emitió parecía más bien una risa. Se rascó con esa garra rosa la barriga que le colgaba por debajo de la camisa blanca—. Un artista para negocios un tanto turbios.

—Ya ves —convino Case, y le dio un sorbo a la cerveza—. Alguien tiene que darle a esto un poco de emoción. Y ni de coña vas a ser tú.

La risotada de la prostituta se volvió una octava más aguda.

—Ni tú tampoco, hermana. Así que date el piro, ¿te parece? Zone y yo somos íntimos.

La mujer miró a Case a los ojos y amagó un escupitajo casi sin hacer ruido ni mover los labios. Pero al final se marchó.

—¡Por Dios! —exclamó Case—. Pero ¿se puede saber qué antro de mala muerte has montado aquí? No puede uno ni echar un trago.

—Ja —rio Ratz mientras le pasaba un trapo a la madera mellada—. Zone me pasa un porcentaje. A ti te dejo trabajar aquí porque me entretienes.

Mientras Case volvía a coger la bebida, se hizo uno de esos extraños instantes de silencio, como si cientos de conversaciones sin relación alguna se detuviesen al mismo tiempo. Luego volvió a oírse a todo volumen la risotada de la prostituta, con cierto tonillo de histeria.

Ratz gruñó.

—Ha pasado un ángel.

—Los chinos —vociferó un australiano borracho—. Los chinos inventaron los empalmes nerviosos, joder. Si quieres una operación nerviosa en condiciones, vete a la China continental. Te dejan que pareces otro, colega...

—Pues anda que... —le dijo Case a la cerveza al tiempo que todo el amargor le subía por la garganta como si de bilis se tratase—. Vaya una chorrada.

A esas alturas, los japoneses ya se habían olvidado de más neurocirugía que la que los chinos habían sabido jamás. Las clínicas clandestinas de Chiba estaban a la vanguardia del negocio. Su gran variedad de técnicas mejoraba mes a mes; aun así, no habían sido capaces de reparar el daño sufrido por Case en aquel hotel de Memphis.

Llevaba un año allí y aún soñaba con el ciberespacio, pero las esperanzas se desvanecían más y más cada noche. Pese a todo el *speed* que consumía, todas las oportunidades que había aprovechado, todos los problemas a los que se había enfrentado en Ciudad Nocturna, aún veía la matriz en sueños, ese entramado resplandeciente de lógica que se desplegaba contra un vacío incoloro... El Ensanche era ahora un largo y extraño camino de vuelta a casa sobre el Pacífico, y ya no era un jinete de las consolas, ya no era un vaquero del ciberespacio. Tan solo un estafador del montón que necesitaba ganarse la vida. Pero los sueños continuaban en la noche japonesa como si fuesen un vudú eléctrico, y había gritado, gritado en sueños, y despertado solo en la oscuridad, acurrucado en la habitación de un hotel cápsula cualquiera con las manos clavadas en el colchón de la cama y con la espuma viscoelástica entre los dedos, tratando de aferrar una consola inexistente.

—Vi a tu chica anoche —comentó Ratz mientras le pasaba a Case la segunda Kirin.

—No tengo chica —dijo, y bebió.

—La señorita Linda Lee.

Case negó con la cabeza.

—¿No es tu chica? ¿No es nada? ¿Solo negocios, amigo *artiste*? Hay que ver lo volcado que estás. —Los pequeños ojos marrones del barman anidaban en lo más profundo de su rostro arrugado—. Creo que me gustabas más cuando ibas con ella. Eras más risueño. Ahora, algunas noches te pones demasiado intenso. Vas a acabar en el tanque de una clínica, una pieza de repuesto.

—Me partes el corazón, Ratz.

Apuró la cerveza, pagó y se marchó, los hombros altos y estrechos encorvados debajo de una cazadora de nailon caqui llena de gotas de lluvia. Se abrió paso por entre la multitud de Ninsei. Olía su sudor rancio.

Case tenía veinticuatro años. A los veintidós había sido vaquero, un cuatrero, uno de los más destacados del Ensanche. Lo habían entrenado los mejores: McCoy Pauley y Bobby Quine, leyendas del negocio. Trabajaba con un subidón casi permanente de adrenalina, derivado de su juventud y de sus aptitudes, enchufado en un equipo personalizado de ciberespacio que proyectaba su presencia incorpórea en esa alucinación consensuada llamada matriz. Era un ladrón que trabajaba para otros ladrones más ricos, empleadores que proporcionaban los programas insólitos y necesarios para franquear los muros resplandecientes de los sistemas corporativos y abrir las ventanas de los fértiles campos de datos.

Había cometido el típico error, el que juró que nunca iba a cometer. Robó a los que lo habían contratado. Se quedó con algo e intentó colárselo a un perista de Ámsterdam. Aún no tenía claro cómo lo habían pillado, pero tampoco es que importase a esas alturas. Esperaba que lo asesinaran, pero se limitaron a sonreír. Le dijeron que estuviese agradecido, agradecido por el dinero, porque lo iba a necesitar. Ya que, sin dejar de sonreír, se iban a asegurar de que nunca volviese a trabajar.

Le dañaron el sistema nervioso con una micotoxina rusa de tiempos de guerra.

Atado a la cama en un hotel de Memphis, su talento se consumió micrón a micrón. Alucinó durante treinta horas.

El daño fue minucioso, sutil y del todo efectivo.

Para Case, que había vivido para ese júbilo incorpóreo del ciberespacio, fue como la Caída. En los bares que había frecuentado cuando era una celebridad entre los vaqueros, permanecer en la élite implicaba cierta dejadez y desprecio por la carne. El cuerpo no era más que carne. Case se volvió prisionero de su propia carne.

No tardó en cambiar todo su capital a neoyenes, un grueso fajo de viejo papel moneda que no hacía más que circular por el circuito cerrado que conformaban los mercados negros del mundo como si de las conchas de los nativos de las islas Trobriand se tratase. En el Ensanche era difícil hacer negocios con dinero en efectivo; en Japón ya era ilegal.

Y fue en Japón donde tuvo la certeza absoluta de que encontraría la cura. En Chiba. O bien en una clínica certificada, o bien en las turbiedades de una clandestina. Chiba era sinónimo de implantes, empalmes nerviosos y microbiónica, y también un imán para las subculturas tecnocriminales del Ensanche.

En Chiba había visto cómo sus neoyenes se evaporaban después de una ronda de dos meses de análisis y consultas médicas. Los encargados de las clínicas clandestinas, su última esperanza, alabaron la habilidad con la que lo habían capado para después negar con la cabeza despacio.

Terminó por dormir en las cápsulas más baratas, las más cercanas al puerto, debajo de los focos de halógenos que iluminaban los muelles toda la noche como si fueran escenarios enormes, lugar desde el que no se veían las luces de Tokio debido al resplandor de ese cielo que parecía una televisión, ni siquiera el altísimo holograma con el logo de la

Fuji Electric Company, y desde el que la bahía de Tokio era una extensión oscura en la que las gaviotas revoloteaban sobre cascotes de poliestireno blanco a la deriva. Al otro lado del puerto se encontraba la ciudad, cúpulas de fábricas entre las que predominaban los extensos cubos de las arcológicas corporativas. La línea de demarcación del puerto y de la ciudad era una estrecha frontera de calles viejas, una zona a quien nadie le había dado un nombre oficial. Ciudad Nocturna y, en su corazón, Ninsei. De día, los bares de Ninsei estaban cerrados y tenían un aspecto anodino, el neón apagado, los hologramas inertes, aguardando bajo aquel cielo plomizo envenenado.

Dos manzanas al oeste del Chat, en una tetería llamada Jarre de Thé, Case se tomó la primera pastilla de la noche con un expreso doble. Era un octógono plano y rosa, una variante brasileña y muy potente de dextroanfetaminas que le había comprado a una de las chicas de Zone.

Las paredes del Jarre eran acristaladas, y cada uno de los paneles estaba enmarcado con neón rojo.

Al principio, solo, en Chiba, con poco dinero y mucha menos esperanza de encontrar una cura, Case se había dejado llevar por una especie de vehemencia mortal para conseguir liquidez que lo había sumido en una exaltación insensible que no parecía propia de él. El primer mes había matado a dos hombres y a una mujer por cantidades que un año antes le habrían parecido ridículas. Ninsei lo consumió tanto que hasta la calle terminó por parecerle la exteriorización de sus tendencias suicidas, un veneno misterioso que no sabía que le corriese por las venas.

Ciudad Nocturna era como un experimento demente de darwinismo social diseñado por un investigador aburrido que no levantaba el dedo del botón de avance rápido. Si dejabas de moverte, te hundías en ella sin dejar rastro, pero si lo hacías demasiado rápido, rompías la frágil tensión